

(Viene de página 10)

del sindicato «Reivindicación» y a la detención de nueve de sus miembros.

Más trascendente fue el duro enfrentamiento que con ocasión de la citada huelga surgió entre la CNT y la UGT, por la oposición de ésta a la convocatoria de huelga, que sería un paso más en ese proceso de distanciamiento y hostilidades que marcarán largo tiempo las relaciones entre ambos sindicatos. Dentro de esta dinámica, se celebraron en el mes de Julio varios mítines en la plaza de toros, destacando el «mítin de controversia» del domingo 10, en el que intervinieron el diputado Antonio Cabrera, por parte de los «social-uguetistas», y Vicente Oro-bón, por los anarco-sindicalistas; según la prensa local «el orden fue perfecto, pues la autoridad hizo cuanto pudo para que no surgieran incidentes» (5).

Diremos, finalmente, que los acontecimientos se aceleran a finales de Agosto con motivo de una manifestación de obreros parados, que portando carteles donde se leía «Pan y trabajo», se congregaron frente al Ayuntamiento mientras una comisión se entrevistaba con el Alcalde, el socialista Leonardo Rodríguez, a quien reiteraron —al parecer en términos poco amigables— los problemas de los obreros parados y las quejas por las discriminaciones que en su opinión eran objeto en las obras del municipales los parados afiliados a CNT.

Los incidentes anteriores y los habidos el jueves 1 de Septiembre en las obras de empedrado de la calle Ancha, aconsejaron a las autoridades el acuartelamiento de la Guardia Civil y el enarenado de las principales calles empedradas de la población, práctica habitual para facilitar la maniobrabilidad de las fuerzas a caballo.

Ya el viernes 2 de Septiembre, a las nueve de la mañana, un grupo de personas se reunió en las cercanías del Hospital de Peñarroya, desde donde tenían pensado iniciar una manifestación para pedir trabajo en el Ayuntamiento; sin embargo, según las versiones de las autoridades y del Partido Socialista, los verdaderos fines serían otros: asaltar el Ayuntamiento, apoderarse del Alcalde y declarar la huelga general en Puertollano.

A pesar de las advertencias hechas por los agentes de la policía gubernativa desplazados al lugar de la concentración para hacerles desistir de su propósito la manifestación se puso en marcha y llegó a la Plaza de la República, ordenando el cierre del comercio y el levantamiento de los puestos del Mercado.

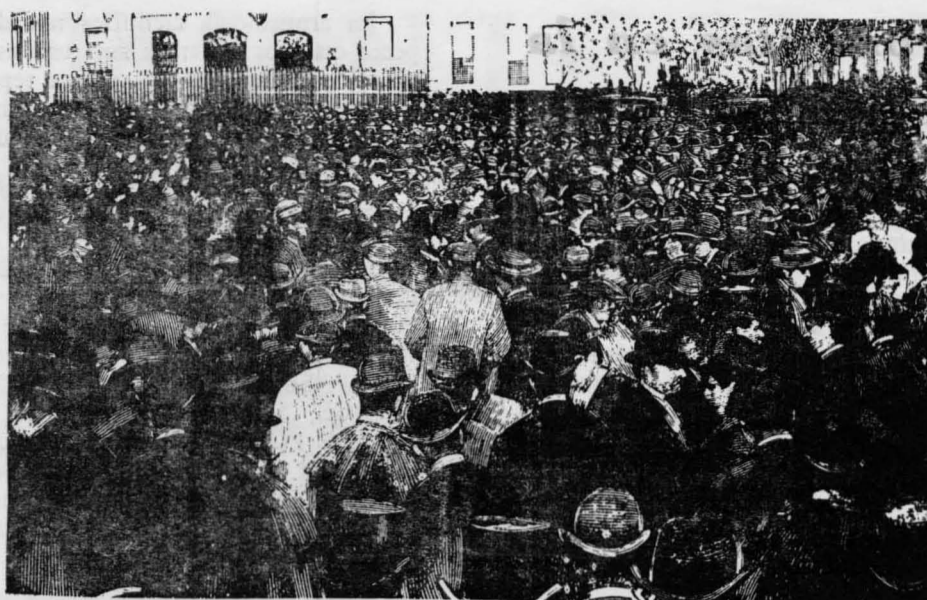
La presencia de la Guardia Civil logró la disolución de los manifestantes, sin más incidentes que la detención de 16 individuos, que fueron trasladados a la Jefatura de Vigilancia, instalada en la Casa de Baños del Paseo de San Gregorio.

Al disolverse la manifestación, algunos de sus componentes se dirigieron a las minas, donde consiguieron, a primera hora de la tarde, el cierre de la mayoría de aquellas, así como la incorporación de gran número de mineros a los grupos que se estaban formando en torno a la Casa de Baños, que solicitaban la libertad de los detenidos en la mañana.

Al avanzar la tarde, la Guardia Civil que custodiaba el edificio, ante el cariz que tomaban los acontecimientos, pidió refuerzos a sus superiores, que rápidamente enviaron al lugar un pequeño grupo de fuerzas de a pie y a caballo, mandadas por el sargento Nemesio de Ana.

La presencia de aquellos efectivos enaltecía los ya caldeados ánimos de la multitud forma-

(5) «EL DEFENSOR», semanario local editado en Puertollano.



da en su mayor parte por curiosos, niños y mujeres) de quien partió un ladrillo que alcanzó la cabeza del sargento de Ana, que acto seguido ordenó cargar contra aquella.

A consecuencia de la carga murió en el acto Luis Castellanos, que se encontraba sentado en un banco del Paseo leyendo el periódico, y resultaron heridos de diversa consideración 13 paisanos y dos guardias civiles, uno de ellos el sargento antes citado.

Poco después fallecieron en el Hospital de Ciudad Real Alejandro Romero y la niña de dieciocho meses Cecilia Morales, los dos heridos por bala.

Después de la masacre, las minas permanecieron cerradas hasta el lunes, mientras que el resto de la actividad local fue recobrando la normalidad a lo largo del sábado y domingo, todo ello bajo un estrecho control de la Guardia Civil y Guardia de Asalto, ésta última llegada expresamente de Madrid al conocerse la tragedia. Pese a lo anterior, todos los festejos de la Feria se suspendieron, incluida la procesión de la Virgen de Gracia.

Inmediatamente, el Gobernador Civil hizo pública la versión oficial de lo ocurrido. En ella se reproducen los argumentos y términos habituales. Se trata de relacionar a los promotores de la manifestación con los sublevados en Sevilla y Madrid (!), añadiendo que pretendían asaltar el Ayuntamiento... Sobre la actuación de la fuerza pública se dice: «...se recibió a pedradas y disparos, viéndose obligado el teniente que mandaba la fuerza a hacer uso de las armas, con la advertencia de disparar al aire, restableciéndose el orden y despejándose los alrededores; habiéndose producido a los elementos levantiscos 13 heridos...», agregando a continuación: «Es de hacer constar que alguno de los heridos presenta heridas de metralla y uno de ellos de explosión. A uno de los detenidos después de los sucesos se le encontraron dos revólveres recién disparados y 30 cápsulas».

La credibilidad de tal versión queda fácilmente desmentida por un análisis menos parcial y desapasionado del desarrollo y desenlace de los sucesos. La desproporcionada respuesta de la Guardia Civil y los medios que realmente se utilizaron durante el choque se pueden comprobar, indirectamente, viendo la relación de heridos por ambas partes y el diagnóstico y gravedad de sus heridas respectivas.

La CNT fue convertida en el blanco de todas las acusaciones, cayendo sobre ella la clausura de su sindicato «Reivindicación», la suspensión de su semanario «Tiempos Nuevos» y la detención de más de 30 personas, casi en su totalidad anarco-sindicalistas (entre ellos San-

dalo Quintanar, Fernando San Juan, Antonio Girela...) y algún comunista como Teodoro Carrión.

Aunque la mayoría de los detenidos fueron liberados poco tiempo después, cinco permanecieron un año en las cárceles de Almodóvar y Ciudad Real, sin ser juzgados, a pesar de las graves acusaciones que se formularon contra ellos. (6).

Para la prensa diaria nacional, los sucesos de Puertollano pasaron prácticamente desapercibidos. Lógica excepción fue «El Socialista», que se ocupó del tema durante algunos días, aunque lo escrito —muy influido, sin duda, por la proximidad y gravedad de lo ocurrido, así como por la explicable intención de despejar cualquier sospecha de responsabilidad que pudiera hacerse recaer sobre el Ayuntamiento— no resulta más clarificador y convincente que la versión oficial antes comentada. En este sentido destaca la dureza de un artículo firmado por el diputado Cañizares y José Díaz, aparecido el día 6, titulado «El complot de los anarcosindicalistas». (7).

Culminaba así una lamentable jornada de la relevante historia del movimiento obrero de Puertollano. En ella habían confluído, para hacerla posible, tres de los cuatro factores que señalamos al principio como explicativos de la conflictividad social en España durante el primer bienio republicano: la desesperación que en la mayoría de las familias trabajadoras de Puertollano estaba causando el paro, agudizado a partir de 1929; la capitalización que de este problema social pretenden hacer los anarcosindicalistas para alcanzar la mítica huelga general revolucionaria; y, finalmente, la contundente actuación de la fuerza pública con los manifestantes.

Este hecho, sin precedentes en la larga trayectoria de lucha de la clase trabajadora de Puertollano, marcaría una fecha que, lamentablemente, mantendrían por mucho tiempo en el recuerdo quienes la vivieron, y muy en particular las dos poderosas sindicales de la localidad: la CNT y la UGT.

AGUSTIN FERNANDEZ CALVO

(6) Para la descripción de los hechos nos hemos basado en la prensa de la época («EL DEFENSOR», «EL SOCIALISTA», «EL LIBERAL» y «LA EPOCA») y en los testimonios personales de diversos testigos que vivieron los acontecimientos, entre los que destacamos los de Abelardo García, José Piedrabuena y Antonio Barahona.

(7) «EL SOCIALISTA», martes 6 de Septiembre de 1932.